

Reino Unido, la revolución pacífica

Las revoluciones tienen casi siempre un componente de violencia, pero el Reino Unido parece dispuesto a afrontar la suya de manera pacífica. En un país tantas veces hipotecado por el bipartidismo, y tras una campaña marcada por los debates televisados, un primer ministro conservador (**David Cameron**) y un viceprimer ministro liberal-demócrata (**Nick Clegg**) se han propuesto transformar la vida política del viejo reino.

TEXTO *Manuel Bartolomé [Fia+Com 08]*
Jordi Rodríguez Virgili [Com 96, PhD 02]
Gabriel Muzás [Com 11]
Marta Rebolledo [Com 11]
FOTOS *Daniel Burgui Iguzkiza [Com 07]*



—**Espere.** Uno de los clásicos pasos de peatones británicos, en North Bridge -Edimburgo-, al atardecer.

LA HISTORIA MODERNA DEL REINO UNIDO MUESTRA QUE su pujante sociedad civil ha conquistado paulatinamente mayores espacios de libertad y modernizado el país con una particularidad: lo que en otros territorios ha supuesto brutales derramamientos de sangre, allí se ha conseguido de modo más o menos pacífico desde la Revolución Gloriosa de 1688, también llamada Revolución Incruenta a pesar de sus numerosas víctimas. El respeto a la tradición conjugado con el pragmatismo se manifestó en las sucesivas revoluciones que siguieron la pauta de profundas transformaciones de modo pacífico. No pocas voces vaticinan a partir de los cambios institucionales de **Tony Blair** y, sobre todo, de los primeros pasos del nuevo gobierno de coalición, que el Reino Unido se prepara para unas reformas que volverán a transformar la vida política británica con sosiego pero de forma permanente.

Gran Bretaña encara una honda regeneración de su vida democrática. “Hoy no arranca sólo un nuevo gobierno sino una nueva política en la que pesa más el interés nacional que el interés partidista, y en el que pesa más la cooperación que la confrontación”, señaló **David Cameron** en la presentación de los acuerdos junto con su nueva mano derecha, **Nick Clegg**, en la puerta del célebre número 10 de Downing Street. Este ya había advertido durante la campaña que el Reino

Unido se hallaba “en transición del bipartidismo del siglo xx a una nueva política más plural y diversa”. En un país sumido en una grave crisis política y económica, que exigirá drásticas medidas, el nuevo gobierno de coalición no es la causa que permite hablar de cambio en el Reino Unido sino la consecuencia.

¿LA DEFUNCIÓN DEL TURNISMO? Clegg ha anunciado una “una revolución del poder”, con cambios que suponen la mayor reforma política desde hace 200 años. Para empezar, se ha planteado la abolición de la tradicional Cámara de los Lores para convertirla en una segunda cámara elegida democráticamente mediante un sistema proporcional. Los laboristas ya la habían reformado, al reducir su número de miembros y, sobre todo, al eliminar sus competencias como cúspide del sistema judicial. Sin embargo, el cambio más profundo requiere una reforma del sistema electoral de la Cámara de los Comunes y que, de aprobarse, podría certificar la defunción del turnismo entre mayorías absolutas de laboristas y conservadores.

El sistema electoral del Reino Unido es sencillo: el país se divide en 650 circunscripciones y en cada una de ellas se elige a un solo representante: el candidato más votado se lleva el escaño. Se conoce como “el primero pasa la posta”. Para ser miembro de la Cámara



—Mezclas en la “city”. Un puesto callejero de verduras y frutas frescas en pleno centro de Londres, entre los encorbatados de la “city” e inmigrantes llegados desde las antípodas.

de los Comunes, el candidato sólo necesita obtener más votos que cualquiera de sus rivales en su distrito electoral. Los votos al resto de los candidatos se *pierden*. El partido que obtiene más escaños decide quién será el primer ministro.

Este sistema cuenta con dos grandes ventajas: favorece gobiernos fuertes y estables, por la facilidad con la que puede obtenerse la mayoría absoluta, y acerca los representantes a los ciudadanos. Las circunscripciones son pequeñas, una media de 65.000 personas, lo que obliga a los parlamentarios a mantener un contacto cercano con los problemas de los representados.

Como contrapartida, los escaños que obtiene un partido no son proporcionales al número de votos y, por tanto, es menos representativo de la pluralidad política del país. Beneficia a los grandes partidos y perjudica al tercero con presencia en todo el territorio. Estas desigualdades constituyen la reivindicación de los liberal-demócratas, quienes se mueven en torno al 20% de los votos sin llegar al 10% de los escaños en disputa.

Tampoco los conservadores se benefician del actual sistema. En las anteriores elecciones, **Tony Blair** obtuvo mayoría absoluta por tres puntos porcentuales y menos de 800.000 votos de ventaja sobre

los conservadores. **Cameron**, por el contrario, se ha quedado a 20 escaños de la mayoría absoluta a pesar de imponerse por siete puntos y más de dos millones de votos. Estas diferencias se deben a que el partido conservador posee una distribución territorial del voto más repartida. Los *tories* obtienen un buen porcentaje de votos en la mayoría de circunscripciones aunque en muchas no se traduzca en victoria y, por tanto, esos votos se pierden.

El partido laborista, en cambio, tiene el voto concentrado, una fuerte implantación en un número menor de circunscripciones. Eso sí, allí donde son fuertes, suelen ganar. Es el caso de Escocia, donde, de los 59 escaños posibles, los laboristas se han llevado 41 en 2010. Además, las circunscripciones de mayoría laborista suelen tener un número menor de electores.

A pesar de esto, los conservadores se muestran reacios a cambiar el sistema electoral. La aprobación de una reforma en la dirección que alientan los liberal-demócratas implicaría el final de las mayorías absolutas, por lo que estos tendrían la llave de la gobernabilidad.

Ante el desgaste de los laboristas, los liberales han apoyado a **Cameron** para formar gobierno, pero los *tories* recelan de la actitud a largo plazo del partido de **Clegg**, cuyas bases simpatizan más con los laboristas.



—El “tubo”. Gran parte de la vida de los londinenses transcurre bajo tierra. Las estaciones de Monument y Bank son las entrañas de la zona financiera.

Por eso, se conforman con mantener el sistema uninominal mayoritario actual corrigiendo las desigualdades entre las circunscripciones.

EL LÍDER DEL CAMBIO. Cada candidato a diputado hace campaña en su circunscripción, apoyado en mayor o menor medida por el partido. Sin embargo, en un fenómeno de americanización o globalización de las campañas, la imagen de los líderes de los partidos gana protagonismo. Esta personificación de la política no es solo electoral. Las formas de gobernar de **Margaret Thatcher** y en especial de **Tony Blair** han convertido el sistema parlamentario en un sistema *cuasi* presidencial *de facto* con el primer ministro como centro del poder. Esto tendrá su continuidad en la figura de un **Cameron** que se ha ganado el apoyo de los británicos a pesar de que, según las encuestas, aún desconfían del partido conservador.

David Cameron, el hombre llamado a liderar una Gran Bretaña necesitada de reformas, cuenta con la experiencia de modernizar su propio partido. Sin oponerse nunca al legado de **Thatcher**, asumió que el partido conservador era una marca manchada. El propio **Cameron** reconocía en 2005: “Mi partido tiene una media de edad de 65 años y la mayoría de los militantes se encuentran fuera de Londres. Mi

partido es conservador en todos los sentidos”. Casi todo hacía pensar que **Cameron** sería considerado otro *tory* elitista más: familia adinerada, descendiente directo de **Guillermo IV**, educado en el colegio Eton y en Oxford... Sin embargo, supo percibir la necesidad de una actualización de la organización e ideas del partido para devolverlo al poder tras tres victorias laboristas consecutivas.

Todo empezó el 15 de octubre de 2005. Los conservadores buscaban con desánimo un nuevo líder en Blackpool, alguien que evitara la cuarta victoria consecutiva de los laboristas. Toda la prensa apuntaba a **David Davis**, de 57 años, cuando apareció sobre el escenario un *joven* de 39 años: **David Cameron**. No pronunció un discurso al uso: sin notas ni *teleprompter*, habló durante más de veinte minutos de la urgente modernización del partido, de los jóvenes, del futuro. No se trataba de una refundación, a fin de cuentas seguía la senda de otros históricos *tories* como **Disraeli** o **MacMillan**, pero el “conservadurismo compasivo” que defendió sonaba fresco en un momento de abatimiento y entusiasmo a amplios sectores del partido conservador.

Cameron había trabajado en el ámbito de las relaciones públicas antes de obtener en 2001 su asiento en la Cámara de los Comunes y era consciente de la nece-



—**Brighton.** En cuanto calienta el sol, a finales de junio y con los exámenes terminados, la playa de Brighton —al sur de Inglaterra— se llena de jóvenes que al caer la tarde van a tomar unas cervezas.

sidad que tenía su partido de redefinir su mensaje. Por eso, nombró jefe de prensa a **Andy Coulson**, director del sensacionalista *News of the World*, y al experto en marketing **Steve Hilton** lo hizo director de estrategia. Para entrar en contacto con los ciudadanos de una manera más acorde con los tiempos, apostó por el uso de las nuevas tecnologías como casi ningún político lo había hecho hasta el momento. Así nació su *Webcameron*, un espacio que integra vídeos y conversación 2.0.

David Cameron, un político más pragmático que ideólogo, abordaba temas reservados al laborismo. Se convirtió en el abanderado del ecologismo, modificó los colores de su partido para introducir el verde junto con el tradicional azul y sustituyó la antorcha del emblema por el dibujo de un árbol. También abogó por la sanidad pública, que conocía bien por su hijo **Ivan**, necesitado de atención permanente debido a su parálisis cerebral hasta que falleció en 2009 con sólo seis años.

LOS DEBATES. Las elecciones de 2010 se presentaban, por tanto, con un pronóstico claro. En una Gran Bretaña en crisis y un gobierno laborista agotado, aparecía un joven político conservador dispuesto a extender la modernización que había emprendido en su partido a todo el país. Así pues, en una legislatura salpicada por el relevo de primer ministro (**Blair**

Un sistema que permite castigar la corrupción

La recién elegida Cámara de los Comunes supone la mayor renovación de parlamentarios de la historia, con 232 nuevos diputados. El escándalo de los gastos parlamentarios del último año ha pasado factura. El sistema electoral británico permite castigar a los implicados en casos de corrupción porque deben ganarse personalmente el puesto en su distrito. Cerca de 150 diputados acusados de gastos indebidos no se presentaron a la renovación de sus escaños. De los que lo intentaron, ninguno salió reelegido. Entre ellos había ex ministros laboristas como **Jaqui Smith** (Interior) o **Ann Keen** (Salud).

De los 650 escaños, los conservadores tendrán 307 diputados que, sumados a los 57 liberal-demócratas, darán una cómoda mayoría de 363 diputados al primer gobierno de coalición británico desde la Segunda Guerra Mundial. Frente a ellos se sentarán los 258 diputados laboristas y los 28 parlamentarios de los otros pequeños partidos, en su mayoría formaciones regionales, y el primer representante del partido verde. Las mujeres establecen un récord en esta legislatura, con 143 diputadas, de las cuales sólo cuatro están representadas en el Gobierno. Destaca la presencia por primera vez en la historia de tres mujeres musulmanas, que prestaron juramento a la reina sobre el Corán.



—**Paseantes de perros.** Las mascotas y los jardines son una obsesión nacional. Tanto, que llegan a ofertarse puestos de trabajo de “paseantes de perros profesionales”.

Grandes temas La coalición también es posible

cedió el cargo a **Gordon Brown** en junio de 2007 sin pasar por las urnas), crisis económica, dimisiones en el gabinete de **Brown** y corrupción, las encuestas presentaban a **Cameron** inevitablemente como futuro primer ministro. Aventajaba hasta en 20 puntos al desgastado laborismo. Sin embargo, a medida que la fecha de los comicios se aproximaba, los laboristas aparecían cada vez más cerca en los sondeos.

Hasta ese momento, la juventud y telegenia de **Cameron** habían contribuido a la erosión del gobierno laborista encabezado por un tipo gris y malhumorado como **Brown**. Pero llegaba el momento de la votación y la gente se preguntaba si había sustancia detrás del estilo seductor. Para demostrarlo y acallar las críticas se presentaba una oportunidad histórica. Por vez primera en el Reino Unido se televisarían debates electorales entre los líderes de los partidos. Un formato idóneo para que **Cameron** presentase su alternativa a la opinión pública.

La novedad de los debates electorales levantó gran expectación. No se habían producido antes en coherencia con su sistema político parlamentario y la falta de interés de los candidatos. Desde luego, si han tardado tanto en emitirse no se debe a falta de tradición de debate en el Reino Unido. Todos los miércoles tiene lugar en la Cámara de los Comunes el *Prime*

Minister's Questions, en el que el líder de la oposición desafía al primer ministro y se entabla un ágil cara a cara. Sin embargo, en un momento de desafección política e institucional, televisar los debates electorales suponía un intento de acercarse a los ciudadanos y modernizar la vida política.

La presencia de **Clegg** fue la principal sorpresa de los debates. En un país de tradición bipartidista y con un formato que busca el espectáculo del enfrentamiento dialéctico, el duelo entre **Brown** y **Cameron** parecía garantizado. Pero ante la hipótesis de que los liberal-demócratas pudieran resultar decisivos para la gobernabilidad del país, ambos candidatos aceptaron su presencia.

Este acuerdo no tardó en revelarse como un error estratégico de los dos principales partidos. Ante los veinte millones de espectadores que siguieron el primero de los tres debates, más o menos la audiencia que congrega un partido de la selección inglesa, **Nick Clegg** supo canalizar el hastío de los británicos hacia “la política de siempre”. Con una brillante actuación, logró dar el tiro de gracia a los 13 años de laborismo y, a la vez, arrebató a **Cameron** el mensaje del cambio. **Clegg** salió decididamente a la ofensiva, mientras **Brown** y **Cameron** se centraron en no cometer errores.



—**Lewes**. Este tranquilísimo pueblo lanzó con gran éxito una libra local —“Lewes Pound”— de uso exclusivo en la localidad y que se cambiaba al mismo valor que la esterlina para fomentar el comercio local.

LA 'CLEGGMANÍA'. De la noche a la mañana, **Clegg** pasó de ser un candidato conocido por sólo el 33% de los votantes a convertirse en la nueva estrella de la política británica. Hubo incluso quienes lo comparaban con **Churchill** u **Obama**. Nació la *cleggmanía*, que situaba al partido liberal-demócrata, el tradicional tercero en discordia, por delante de los laboristas en las encuestas. Algunos sondeos aventuraban incluso que amenazaba el liderazgo conservador.

Los liberal-demócratas son un partido con dos almas. Proceden del clásico partido liberal, los *wighs*, que se alternaron en el poder con los conservadores durante el siglo XIX. Y la vez, del partido socialdemócrata, una escisión del laborismo antes de su refundación de los noventa. En el primer debate, **Clegg** aprovechó el distanciamiento de los ciudadanos hacia los políticos de siempre al presentarse como un político diferente. Y sacó provecho a la temática centrada en los problemas internos de Gran Bretaña, que pudo atribuir a décadas de gobiernos laboristas y conservadores, puesto que su partido no tenía experiencia de gobierno.

Cameron aún tenía un as en la manga. La *cleggmanía* desatada en la primera parte de la campaña constataba un hecho: Gran Bretaña no va bien, el gobierno laborista está acabado, urge un cambio.

En el segundo debate, por tanto, debía centrarse en **Clegg** y debatir sobre qué tipo de cambio necesitaba el país. En este debate tocaba hablar de los temas internacionales, en que los *tories* conectan mejor que los liberales, con propuestas demasiado arriesgadas para la mentalidad británica. **Cameron** solicitaba una reflexión acerca de las propuestas de **Clegg**, y este entraba al trapo al presentar sus medidas más polémicas, como estudiar la entrada en el euro, una regularización masiva de inmigrantes o replantear la política nuclear.

“¡**Nick**, baja a la realidad!” le acabó espetando **Gordon Brown**, con **Cameron** asintiendo de fondo. Sus dos rivales le habían ayudado a retomar la iniciativa de la campaña. En el primer debate, **Clegg** había pintado el retrato de una Gran Bretaña desolada que necesitaba un cambio. **Brown**, en el segundo, contuvo la *cleggmanía*, la presentó como un cambio idealista en un momento en el que urgía el pragmatismo. **Cameron** salió reforzado del segundo debate, él era el cambio que Gran Bretaña necesitaba. A partir de entonces volvió a tomar ventaja en las encuestas, consolidó su posición en el tercer debate y ganó las elecciones del 6 de mayo.

La alegría no fue completa, ya que su mayoría no era suficiente para formar gobierno en solitario. Los bri-



—Los “**Lewes Pounds**”. En lugar de la reina, en las libras de Lewes aparece Thomas Paine —antiguo vecino, republicano y redactor de la independencia estadounidense—, toda una declaración de principios.

tánicos optaron por un “parlamento colgado” (*hung parliament*), que no se producía desde 1974. Al final, logró aliarse con los liberal-demócratas. **Cameron**, primer ministro; **Clegg**, viceprimer ministro.

CLAVES DE LA CAMPAÑA. Tras la apuesta de **Cameron** por los nuevos medios y con el antecedente del triunfo de **Obama** en Estados Unidos, parecía que las nuevas tecnologías protagonizarían la campaña electoral. Los partidos y candidatos presentaron modernas páginas de internet y se mostraron muy activos en redes sociales como Facebook o Twitter. Sin embargo, los debates televisados galvanizaron los comicios. El alto porcentaje de indecisos, que acostumbran a fijarse en la forma de las propuestas más que en su sustancia, convirtió a la televisión en el medio decisivo. De cualquier forma, no puede olvidarse el papel de prensa, siempre relevante por su volumen de ventas y por la tradición de recomendar abiertamente la dirección de voto a sus lectores.

Brown se quedó sin apoyos. El histórico laborista *The Guardian*, que siempre ha visto con simpatía a los liberales, se decantó esta vez únicamente por **Clegg**. Lo mismo hizo *The Independent*, mientras que los periódicos de **Murdoch**, *The Times* y *The*

Sun, que habían apoyado a **Blair** en sus dos primeras legislaturas, recuperaron su tradicional tendencia conservadora al pedir el voto para **Cameron**. *The Daily Telegraph*, como era obvio, pidió el voto *tory*. Pero sin duda, lo más sintomático de la soledad de los laboristas fue la decisión del *Daily Mirror*. Desde 1945, el periódico había solicitado a sus lectores que apoyasen al partido laborista. En cambio, en esta ocasión recomendó el voto táctico anticonservador. El diario publicó una guía en la que señalaba la situación en cada circunscripción y rogaba a los simpatizantes laboristas que votasen a los liberal-demócratas donde estos tenían más opciones de derrotar a los *tories*.

Otra muestra de la tendencia a personificar la campaña electoral en los líderes fue la relevancia de sus esposas. La máxima atención mediática se la llevó **Miriam González**, la esposa vallisoletana de **Nick Clegg**. Como abogada en un bufete de la *city* londinense, su papel de mujer de candidato se redujo a los fines de semana. “Hasta en eso traemos cambio los liberal-demócratas”, bromeó **Nick Clegg**. Hija del fallecido senador del Partido Popular **Antonio González**, conoció a **Clegg** cuando ambos estudiaban en Bélgica y se casaron en 2000, matrimonio del que



—“*Sé realista, pide lo imposible*”. Un grupo de jóvenes durante las masivas protestas que en abril de 2009 tomaron el centro de Londres contra la reunión del G20 en la ciudad.

han nacido tres hijos de nombre español (**Antonio**, **Alberto** y **Miguel**) y educación católica, a pesar del reconocido ateísmo de **Clegg**.

Sarah Brown supuso un aliciente para la campaña laborista y un contrapunto al perfil gris de su marido. Ha trabajado en el campo de las relaciones públicas y se le atribuyen todos los esfuerzos por sacar el lado más humano de **Gordon Brown**. Su tirón quedó demostrado en Twitter, donde le siguen más de un millón de personas. **Samantha**, la mujer de **Cameron**, también fue noticia al anunciar su cuarto embarazo poco antes de la campaña.

En definitiva, el resultado de los comicios es el primer gobierno de coalición en la historia reciente del Reino Unido, algo que no se daba desde un momento de excepcionalidad como la Segunda Guerra Mundial. El pragmatismo de los británicos confía en un cambio tranquilo y controlado, pero profundo y sincero. No quieren una simple alternancia entre los partidos tradicionales y han dejado a los conservadores sin mayoría absoluta. Pero con más claridad han descartado el giro radical que supondría un gobierno liberal-demócrata. **Cameron** y **Clegg** son los encargados de liderar el cambio tranquilo que puede tornar en revolución al estilo británico. ⁸¹

Una campaña puerta a puerta

El carácter “puerta a puerta” de las campañas británicas juega a veces malas pasadas, como ocurrió en el caso del *bigotgate*. En vísperas del último debate, **Gordon Brown** atendió a varios ciudadanos en el norte de Inglaterra. Allí entabló conversación con **Gillian Duffy**, una mujer de 66 años y votante laborista que le trasladó los problemas de la inmigración en su zona. Después de despedirse diciéndole que había sido “muy agradable charlar” con ella, **Brown** se subió al coche reprochando a sus asesores haberle puesto en contacto con esa mujer, a la que tildó de “*bigot*”, (“intolerante” o “fanática”) ... con el micrófo-

no de la televisión todavía abierto. **Brown** tuvo que pedir perdón y presentarse en casa de **Duffy** para intentar recomponer su maltrecha imagen.

David Cameron también ha pasado aprietos. Una conversación con el padre de un discapacitado, a propósito de las escuelas para niños que requieren educación especial, dio la vuelta al mundo. **Cameron** salió airoso del debate por su posición al respecto y, en especial, por la empatía que generó a un público que recuerda la pérdida el año pasado de su hijo **Ivan** a causa de una parálisis cerebral. En otra ocasión, el candidato conservador también recibió, de refilón, el impacto de un huevo lanzado por un joven de 16 años.



—“Disfrutad vuestro espectáculo”. Un policía observa desolado las marcas del ataque con pintura contra la fachada del Banco de Inglaterra, frente al que se concentraron miles de manifestantes en abril de 2009.